

Casa de Formación Salesiana
 Manga. - Villa Don Bosco
 Montevideo - Uruguay

21 de setiembre de 1965



Queridos hermanos:

La comunidad salesiana de la Casa de Formación del Manga (Salesianos y Aspirantes) con sentido dolor de hermanos y gozosa esperanza de creyentes comunica el paso, de este mundo al Padre, del querido

PADRE RAMON MONTERO Y BROWN,

de 88 años de edad, 68 de profesión religiosa y 63 de sacerdocio.

Había nacido en la ciudad de Mercedes (Uruguay) el 21 de setiembre de 1877.

En 1892 ingresa en el colegio "San Miguel" de Mercedes, que los salesianos inauguran en dicho año. Atraído por la alegre y bondadosa convivencia de sus educadores, y orientado por los prudentes consejos del P. Juan Pedro Rodríguez, se decide a seguir las huellas de Don Bosco.

Llega al aspirantado de Las Piedras el 24 de febrero de 1894. Era Inspector entonces el venerado Mons. Luis Lasagña, fundador de la obra salesiana en el Uruguay.

El 13 de enero de 1897, terminado el noviciado, se consagra a Dios con los votos perpetuos.

La formación religiosa y sacerdotal la recibió más de los ejemplos que de las palabras de esa generación extraordinaria de salesianos, que el cariño de Don Bosco regaló a nuestra Inspectoría.

El 26 de enero de 1902 es consagrado sacerdote de Cristo por la imposición de manos del primer y gran Arzobispo de Montevideo, Mons. Mariano Soler.

Su trayectoria de sacerdote salesiano tiene una línea muy simple pero plena. Vió consagrado a su misión de sacerdote educador desempeñando, en los años más ricos de energía, (vividos en el Colegio Pío de Villa Colón, casa madre de los salesianos de Uruguay), los cargos de Consejero y Catequista.

Su vida, en nuestra Insperoría, es un símbolo y una enseñanza viva. Con su larga peregrinación, unió nuestras generaciones jóvenes con las fuentes de la vida salesiana en este país y por ellas con nuestro Padre Don Bosco.

Para los Hermanos de la Inspectoría, publicamos una síntesis biográfica que re-viva y conserve su figura señera. Para los que no lo han cocido, recogemos en esta carta edificante, del tesoro escondido de su vida, algo de la herencia espiritual que nos transmite con la elocuencia de una vida consagrada a Dios y vivida en la fidelidad que hace 68 años prometiera.

El Padre Ramón fue hombre de bondad, de ciencia y de fe.

HOMBRE DE BONDAD: Junto a él nos sentíamos felices. Vivió su vida sereno, sin angustias, abandonado en manos de Dios en una realización extraordinaria de la infancia espiritual del Evangelio. Y esa serenidad y sencillez la irradió en bondad alegre y conquistadora para todos los que a él se acercaron, hasta en las últimas horas de su vida.

Siempre alegre, pensando bien de todos, hablando siempre bien de todos sus hermanos. Junto a él se sintieron cómodos jóvenes y ancianos, porque supo recordar con cariño el pasado y dar la bienvenida, sin nostalgias ni vanos pesimismos, a la bondad de los tiempos nuevos. El no sabía ver sino la bondad y el bien en todo.

Con esta mirada de bondad miró también a las cosas creadas: al terreno y al campo a los que cantó embelesado en sus poesías gauchescas.

Cuando le dijimos un día: "Padre Montero, ¿se está preparando para ir a la Casa del Padre?", nos respondió: "Sí a la Casa del Padre, a la patria. Pero todo el universo es la Casa del Padre porque todo lo hizo El para nosotros". Era la expresión de una vida que descubrió siempre, en todo, la sonrisa de Dios, que todo lo hizo bien!

HOMBRE DE CIENCIA: Nuestro Padre Ramón sirvió a Dios sobre todo en el ejercicio del magisterio salesiano, cumplido con hondo sentido sacerdotal durante más de 60 años.

Literatura e Historia fueron los ramos predilectos de su saber en los que fue verdaderamente "Maestro", reconocido en el ambiente nacional y muy apreciado por alumnos y exalumnos.

Hombre de estudio, redujo al mínimo indispensable el descanso nocturno para estudiar. Leyó mucho; escribió mucho, docta y esmeradamente; publicó algo. Escribió de Literatura y de Historia; en prosa y en verso. Sobre todo cultivó con dedicación el lenguaje gauchesco, sobre el que realizó estudios de valiosa originalidad que esperan aún la publicidad.

De su ciencia hizo un verdadero apostolado: la riqueza de su fe y espíritu sacerdotal aflora continuamente en sus escritos, como se manifestó en sus palabras y en sus clases.

HOMBRE DE FE: Pero, por sobre todo, el Padre Montero fue el hombre que vivió de fe; de fe profunda y sencilla, alimentada en la meditación constante de la Santa Biblia, que llamaba "su libro", y consustanciada con todas las actividades de cada día.

Vivió con fe su consagración religiosa; verdaderamente fueron en él realidad vivida y cotidiana las palabras que pronunciamos el día de nuestra entrega: "Me comprometo a vivir en perfecta pobreza, en edificante castidad y en humilde obediencia".

Su pobreza fue verdaderamente franciscana; la castidad radiante y, sobre todo, nos legó el ejemplo extraordinario de su filial obediencia.

Fue siempre de una fuerte personalidad original, pero supo armonizarla con una perfecta obediencia, dándonos testimonio de cómo una y otra pueden coordinarse perfectamente en el fiel servidor de Dios.

El matiz peculiar de su obediencia fue la “devoción” por el Superior en quien veneraba, lleno de fe, al mismo Dios. Sacerdote de la primera generación tuvo por superiores, especialmente en las últimas décadas de su vida, a quienes habían sido, de niños, sus alumnos; pero cuanto menos fueran válidos los motivos humanos, más luminosa era la irradiación de la fe con que confundía y conmovía a quien debía recibir las manifestaciones de su filial devoción.

¡Qué lección tan profunda, quizás la mejor de sus “lecciones”, nos deja hoy, en momentos en que dentro del ámbito de la Iglesia y aún de la vida religiosa, unos en nombre de lo antiguo y otros en nombre de lo nuevo, empobrecen el sentido sobrenatural de la adhesión a Cristo en el Superior!

Su vida de fe se alimentó y expandió en una intensa vida de piedad centrada en el fervor eucarístico y en la sentida devoción mariana.

Vivió espiritualmente junto al Tabernáculo y especialmente junto a él pasó, durante los últimos años de su vida, las numerosas, interminables noches de insomnio durante las que dialogaba en voz alta con su Amigo Divino.

La Santa Misa fue el alimento cotidiano de este fervor eucarístico; la celebró mientras las fuerzas se lo permitieron; sentado, en los últimos meses. Su última Misa la celebró el 21 de mayo; quiso hacerlo de nuevo el 24, día consagrado a la Auxiliadora, pero las fuerzas no le respondieron. Desde entonces comenzó a preparar próximamente su última gran oblación, la de su vida, que había anticipado en cada celebración eucarística.

A la Santísima Virgen la amó con exquisiteces de niño y fuerza varonil. A ella cantó en sus versos inspirados e hizo de su vida un diálogo con la Madre del cielo (era edificante verlo hablar con Ella ante su imagen), que comenzó en su infancia y concluyó sólo el día de su partida para Dios.

Dispensado en los últimos años del Oficio divino por insuficiencia visual, hizo del rezo del santo Rosario su ocupación bendita y deleitosa. Y se angustiaba cuando, debido a sus fuertes dolores, se veía impedido de tejer a su gusto “esas guirnaldas de piadosas flores”.

En la piedad, como en todas sus cosas, fue extremadamente sencillo: no tuvo exterioridades llamativas, sino una fe ardiente que animó las simples acciones cotidianas.

Como Catequista trabajó con incansable celo por comunicar a los jóvenes el fuego de piedad que en él ardía. Y ¡qué bien supo hacerlo!

Su fe viva se expresó en los últimos años en el cumplimiento de su misión de Mediador; lo fue siempre porque sacerdote; pero en especial cuando los años y la enfermedad redujeron las posibilidades de su acción, se consagró con fervor a ser mediador en la oración continua y en el dolor llevado con edificante amor.

Sufrió mucho: treinta años de úlceras varicosas rebeldes a toda curación y sumamente dolorosas; y, en los últimos ocho meses de vida, la total inapetencia que, al debilitar sus fuerzas, lo obligó a guardar cama, donde todo su cuerpo se fue llagando, haciendo de él una fiel imagen del Crucificado.

Pero nada de esto escapó a su actitud de mediador: todo lo ofrecía por la Iglesia, la Congregación y el Concilio, las vocaciones y por incontables intenciones particulares.

“¡Jesús bueno!” era su exclamación en los momentos de mayor dolor. Dolor que sólo se le hacía difícil de llevar cuando no le permitía rezar. Y aún en medio de agudos dolores pensaba más en los demás, en ponderar la bondad de los que lo atendían y en no causarles molestias, que en sí mismo.

Cuando sus fuerzas comenzaron a debilitarse notablemente, el 30 de mayo, rodeado por toda la Comunidad que solemnizó el rito con el canto de Salmos, le fue administrada la Santa Unción para integrarlo en la comunidad de dolor de los creyentes en Cristo.

El rito se renovó el 19 de agosto cuando un repentino agravarse de su estado hizo pensar en un próximo desenlace.

De gran consuelo en su camino de dolor fue para él recibir la especial bendición que se dignó enviarle el Rvmo. Rector Mayor, D. Luis Ricceri, a quien conociera en su visita extraordinaria al Uruguay.

El 31 de agosto, fiesta de San Ramón, su día onomástico, a las 2, 30 p. m. acompañado de sacerdotes, Coadjutores y estudiantes de Filosofía, recibió por última vez el Cuerpo de Cristo para que fuera su Viático hasta la vida eterna. A las 10 p. m. entraba en agonía y a las 3, 45 a. m. del primero de setiembre partió para Dios, confiado en que, habiendo participado en el misterio de la muerte de Cristo, había de ser asociado a El en la Pascua eterna.

Pocas horas antes de morir, volviéndose al sacerdote que lo asistía, le dijo: “La Virgen, cuando niño, me prometió llevarme al cielo”. Y luego, dirigiéndose a Ella, continuó: “¡Madre, espero que ahora cumplas tu promesa!”

Lo esperamos también nosotros y lo anhelamos y apresuramos con nuestros fraternos sufragios.

La solemne concelebración exequial, presidida por el Rvmo. P. Inspector, D. Miguel De Páolis, en que pronunció sentida y vibrante oración fúnebre el R. P. Fernando Fagalde; la despedida en el camposanto, con la participación de numerosos salesianos y exalumnos, amigos y cooperadores y la actuación del Coro Santa Cecilia de nuestra Casa de Formación; las emocionadas palabras de salesianos y exalumnos, fueron el testimonio de la irradiación espiritual y científica de nuestro Padre Ramón.

Queridos hermanos: Don Bosco quiso consigo, en lo que va de este año sesquicentenario de su nacimiento, seis salesianos de esta Inspectoría y ciertamente que eligió de lo mejor. Os pedimos que nos ayudéis a dar gracias a Dios porque regaló a esta Casa de Formación treinta años y medio de la vida santa del Padre Ramón Montero. Ayudadnos también a sufragarlo, porque también tuvo humanas deficiencias, y a pedir al Señor que quiera constituirlo intercesor del crecimiento espiritual y vocacional de esta Inspectoría y de esta Casa.

Poco antes de partir él nos bendijo y nos dijo: “Sean buenos hijos de Don Bosco.” Lo fue él; seámolo nosotros, imitando los ejemplos que nos dio este Hermano que nos precedió con el signo de la fe y duerme en sueño de la paz, aguardando el retorno del Señor.

Afectísimo hermano en Don Bosco:

Andrés M. Rubio G. Pbro.

Director